

# Lo que muchos no saben del Cabo de la Vela

**Texto:** Jaime de la Hoz Simanca<sup>1</sup>

**Fotografías:** Óscar Berrocal

**C**uenta la tradición oral que Alonso de Ojeda cayó prosternado frente al mar Caribe, en las areniscas blancas de sus playas, cuando arribó al Cabo de la Vela después de navegar durante largos días con destino incierto. El adelantado español fue el descubridor de aquel pedazo de paraíso habitado por una gran parte de la etnia wayuu y lugar de encuentro de los pescadores de la isla de Cubagua (hoy Venezuela), antes de que emprendieran la migración para fundar, sin saberlo, lo que después sería la ciudad de Riohacha.

Ojeda, un aventurero español y navegante sin rumbo, había descubierto el Lago de Maracaibo durante las andanzas que sucedieron a sus primeros viajes con Cristóbal Colón. Al Cabo de la Vela lo llamó Coquivacoa, convencido de que había descubierto una isla como las otras que encontró en su largo recorrido y a las que tomaría para gobernar a su antojo. Pero el Cabo de la Vela no

era isla, sino un hermoso paraje de desiertos sin diamantes, rancherías sin tiempo y vientos nocturnos que en la madrugada van a morir en las aguas salitrosas de Manaure, el municipio blanco de La Guajira.

A lo lejos, después de las trochas, y mientras la Toyota de cuatro puertas avanza por el desierto amarillo, inmenso y abierto, se observa el mar Caribe en todo su esplendor, azuloso y delimitado por una línea infinita que se pierde en el horizonte. Más cerca, a pocos kilómetros del arribo, se alcanza a ver el Pílon de Azúcar, imponente colina coronada por una urna que durante largos años mantuvo en su interior la imagen en mármol de la Virgen de Fátima.

El Pílon de Azúcar es un lugar sagrado que sirvió de guía a los primeros pobladores que navegaban perdidos por las aguas del mar Caribe. Posteriormente, aquel promontorio blanco, de ascenso escarpado y enclavado en el mar, comenzó a ser adorado por los indígenas wayuu, que le llamaron “Kamaici”. En wayuunaiki, lengua de los nativos, el vocablo significa “Señor de las cosas del mar”.

---

1. Periodista, especialista en Comunicación para el Desarrollo Regional y magíster en Educación. E-mail: [delahoz.jaime@gmail.com](mailto:delahoz.jaime@gmail.com)



## Ocaso.

Muy cerca del Pílon de Azúcar existen lugares imaginarios que parecieran estar ocultos detrás de las piedras o en recodos en los que solo los hombres y mujeres de la comunidad wayuu pueden ver las almas de los difuntos que ya han cumplido el ritual del segundo velorio. Allí van dichas almas a descansar y a esparcir por todo el Cabo de la Vela sus deseos de paz y tranquilidad. De acuerdo con Henry Candelier, tal fábula —según su apreciación— es uno de los mitos más hermosos de la historia del indigenismo universal. El encanto y la fascinación que provoca el sitio —agrega— originaron, tal vez, el comienzo de la inolvidable leyenda.

## Rumbo al paraíso guajiro

El Cabo de la Vela es un destino obligado para los viajeros, aventureros y turistas de Europa, América y del resto de Colombia. Primero llegan a Riohacha en oleadas, cuando la temporada de vacaciones les favorece. Así, en la Avenida La Marina de la capital guajira se confunden canadienses, holandeses, italianos, británicos, españoles, argentinos y chilenos, quienes según el registro de inmigración son los que más se deciden por ese minúsculo paraíso en el que las mujeres y hombres wayuus revelan su universo gastronómico de excelencia y sus artesanías de mil colores.

Después de recorrer el Malecón y caminar por el Parque de los Cañones —donde se erige la estatua del desmitificado Nicolás de Federmán, falso fundador de Riohacha y quien solo alcanzó a llegar hasta el Cabo de la Vela—, los turistas fijan su objetivo en este sitio, que en tiempos inmemoriales se constituyó en un centro perlero de gran importancia.

Entonces, viajan durante hora y media por una carretera pavimentada hasta llegar al municipio de Manaure, población indígena que deriva su sustento del fruto de las charcas productoras de sal. De allí, después de una travesía de dos horas y quince minutos por el desierto de tunas, trupillos y cactus, arriban al Cabo de la Vela, donde se prolongan las rancherías milenarias de los indígenas wayuus que, poco antes, pudieron ver a lado y lado de las trillas.

Ya en el Cabo de la Vela, los chinchorros y las hamacas serán colgadas en las esquinas de los kioscos construidos en madera y barro a la orilla del mar. Allí duermen, tal vez acompañados por el calor lejano de las fogatas de medianoche y la brisa del nordeste que viene del mar y se cuele por los espacios abiertos de las enramadas de palma o de las cabañas con techos de yotojoro.



Paisaje  
inenarrable.







Vida cotidiana.

### **Federmán y el Cabo de la Vela**

Según Benjamín Ezpeleta, historiador guajiro, Federmán nunca llegó a Riohacha, sino al Cabo de la Vela con el propósito de extraer perlas, pero no pudo porque intentó hacerlo con una especie de rastrillos pensando que estaban en el fondo del mar. Las perlas se adhieren y, por tanto, hay que bucear y desprenderlas de las ostras que las protegen.

Lo que se podría llamar fracaso tuvo otras razones, entre ellas la guerra sin cuartel que le declararon los indios del Cabo de la Vela en retaliación por el genocidio que Federmán cometió contra los indios. Sus tropas quedaron diezmadas y su decisión fue regresar a la región de Coro (actual Venezuela). En esa gira llegó a los Llanos, donde encontró a Gonzalo Jiménez de Quesada y

Sebastián de Belalcázar, con quienes se enfrentó en una disputa jurisdiccional que intentó resolver al retornar a Europa.

En 1544 los pobladores del Cabo de la Vela comenzaron a percibir el impacto de la piratería en el Caribe. Los corsarios y piratas antillanos no dieron tregua. Con sus arremetidas comenzaron a socavar las bases de aquella economía y a perturbar la tranquilidad de la que habían gozado hasta entonces. Por esa razón decidieron buscar otros caminos y encontraron que en Riohacha existían también yacimientos útiles para su negocio.

### **Más atractivos del Cabo**

El principal atractivo del Cabo de la Vela son sus playas limpias, blanquísimas y de difícil comparación con otras en Colombia; los turistas seña-



## Reposo.



lan que solo pueden equipararse con paraísos de otros países como México, República Dominicana y Cuba. Además, geográficamente constituyen el extremo norte de Suramérica, circunstancia que seduce a los viajeros del mundo, sobre todo si existen lugares exóticos e historia antiquísima.

Otro atractivo es la etnia wayuu, ‘dueños’ del Cabo de la Vela por tradición y ancestro, quienes manifiestan su cultura mediante la yonna y otros sueños, las artesanías bordadas con admirable exquisitez y los ancianos, cuya sabiduría facilita

las rondas de turistas que deciden entrar a la fantasía y al mito.

Y para culminar están los pargos rojos, sierras y mojarras, aparte del friche, la chicha y el arroz de fríjol, cuyo consumo a la hora del almuerzo propicia una siesta en la que se instala el sueño en medio de las voces lejanas y el ruido de las olas del mar que para usted —si se anima a visitar el Cabo de la Vela— podría ser el de las almas de los wayuu muertos, que a esa hora deciden vagar por los alrededores de Jepirra. ■■■

## Siluetas guajiras.

